

contendientes habian reunido todas sus fuerzas, que eran aproximadamente las mismas en número. Los 30,000 infantes y mas de 2,000 caballos de Filipo se encontraron frente a un ejército compuesto de mercenarios, de hoplites y de la excelente caballería beocia y ática, cuya fuerza numérica era igual ó quizás superior á la del macedonio. El afán de combatir sentíase con igual energía en ambos ejércitos: en el de Filipo se encontraba el gran príncipe Alejandro que, á la sazón contaba 18 años, y en el de los atenienses peleaba como simple hoplite el grande hombre de Estado, Demóstenes. El ala izquierda, el centro y el ala derecha se componían en el ejército ático de los atenienses, de los pequeños contingentes y de los beocios: en el macedónico, Filipo mandaba el ala derecha y Antipatro, con Alejandro, la izquierda. Llegado el momento del ataque decisivo vióse que la unidad de dirección, el órden táctico de batalla y la experiencia y el régimen de los macedonios, eran superiores al entusiasmo de los hoplites, al cómodo sistema de los mercenarios y á la táctica del consejo de guerra de los áticos que carecían de un general en jefe. Los helenos pelearon ciertamente como héroes, y aun los atenienses lograron poner á Filipo en mas de un aprieto; pero de repente Alejandro, que dió en aquella ocasion la primera muestra de sus extraordinarias dotes militares, arrojóse impetuosamente contra los tebanos, cuyo batallón sagrado y cuyo general Teágenes sucumbieron uno á uno ante el ataque de las *sarisas* y de la caballería macedónica. En seguida el príncipe arrolló el centro de los griegos, mientras Filipo atacaba de nuevo á los atenienses, que se vieron obligados á emprender la fuga. Al caer la tarde de aquel nefasto día, habian perecido mil atenienses, entre ellos Stratocles, quedando dos mil en poder del macedonio. Las pérdidas de los demás griegos fueron, segun se cree, mas importantes.

La victoria de Filipo fué tan completa como era entonces posible: los derrotados contingentes griegos pudieron reunirse de nuevo en Livadia, pero en modo alguno podían atreverse á dar una batalla; de suerte que la alianza se halló de hecho destruida; pues cada Estado tuvo que mirar por sí. Tebas fué la que llevó peor parte, pues su orgullo y su preponderancia se vieron por completo humillados, y sus ciudadanos, desde aquel momento hasta la irrupción sicilionormanda del siglo XII, tuvieron la desgracia de que todas las catástrofes de la Grecia, que solo herían á medias á los atenienses, cayeron sobre ellos de un modo espantoso. Tebas se vió castigada con la obligacion de volver á entrar en la alianza macedónica, limitándose la jurisdicción de la ciudad á los territorios que antiguamente poseía. La liga beocia quedó disuelta, y se decretó la reconstrucción de las ciudades que, como Orcomene, Platea y Tespie habian sido destruidas ó desmanteladas. La fortaleza Cadmea tuvo que sufrir una guarnición macedónica, formándose además en ella un consejo, compuesto de los 300 mas fanáticos filipistas, que con sus sentencias de muerte exasperaron al partido nacional y obligaron á muchos de los que á este pertenecían á emigrar á Atenas.

La suerte de los atenienses fué muy distinta, pues el rey habia tenido respeto al espíritu que animaba á este pueblo. Esta consideración creció todavía cuando supo el modo como se portaron los atenienses despues de la batalla, pues pasado el terror del primer momento, aprestóse Atenas para una lucha de vida ó muerte. Diez y siete millas separaban todavía á Filipo de la capital del Atica; de suerte que aun podían adoptarse en esta las medidas necesarias para su salvación. Los labradores fueron entonces, como en tiempo de Pericles, llamados al interior de la ciudad; fortificáronse los pasos y las fortalezas de la frontera; dióse á Focion el man-

do en jefe de las tropas, y se tomaron las disposiciones necesarias para que los esclavos y los metecos, á quienes se concedieron respectivamente la libertad y el derecho de ciudadanía, y los desterrados, á quienes se permitió volver á su patria, completasen el ejército. Demóstenes, que no habia perdido la confianza del pueblo, dirigía todos los preparativos con energía y con acierto. Aumentáronse las fortificaciones de la ciudad, y, gracias á los sacrificios de los ciudadanos, ingresaron grandes sumas en la caja de la guerra. Filipo temía dirigirse contra un pueblo que así procedía: poner sitio á Atenas era cosa que merecía meditar, y el rey no quería exponerse á un descalabro como el que habia sufrido en Bizancio. Finalmente, si habia de presentarse despues contra Persia como jefe de todos los griegos, no debía ni podía destruir la patria de los héroes del partido nacional. Todo su afán dirigióse, pues, á conseguir que los atenienses reconociesen pacíficamente su supremacía en Grecia, y á este objeto envió á Atenas á uno de los prisioneros que en su poder tenia, al demagogo Demades, acérrimo filipista, con la embajada de que el rey estaba muy dispuesto á firmar con la capital ática una paz honrosa. Esta perspectiva debilitó el entusiasmo del pueblo, precisamente en un momento en que Demóstenes, por encargo del demos, habia salido de Atenas para comprar víveres y percibir en las islas las contribuciones de la confederación.

Los atenienses nombraron á Demades, Esquines y Focion para que, personándose como embajadores con Filipo, tratasen la cuestión de los prisioneros de guerra, procurando sacar el mejor partido en favor de su Estado. Filipo dispuso á estos enviados una acogida en extremo cordial, dió, sin querer rescate alguno, la libertad á los prisioneros, y prometió enviar á Atenas los cadáveres de los muertos en Queronea, á fin de que se les enterrase debidamente. Sus embajadores debían, además, dar á conocer á Atenas las proposiciones de paz. Esta conducta generosa le conquistó las simpatías del pueblo ático y le facilitó el camino para que fuese aceptado el tratado de paz que poco tiempo despues presentaron á los atenienses Alcimaco, Antipatro y el príncipe real Alejandro. Las condiciones que el rey imponía eran en extremo moderadas, sobre todo teniendo en cuenta la situación y la suerte de los demás griegos, á quienes habia aniquilado casi por completo. Filipo prometió no penetrar en el Atica con su ejército, ni permitir que ningun buque macedónico surcase las aguas del Pireo. Atenas y Macedonia firmaron, pues, paz y alianza. Los atenienses conservaron el Atica y además las islas de Salamina, Delos, Samos, Lemnos é Imbros, teniendo ambas potencias la policía marítima para destruir á los corsarios. Hasta aquí todo era favorable á Atenas; pero á cambio de todas estas ventajas, debía renunciar para siempre á ser la capital de la liga; pues no solo el Quersoneso y Sciros pasaron á poder de Filipo, sino que el macedonio destruyó la liga de las islas, que debían ser todas autónomas. Filipo se proponía, además hacer entrar mas adelante á Atenas en la nueva alianza griega, cuya creación acariciaba el monarca macedónico, y consiguió su intento con la ignominiosa cesión que hizo á Atenas de la ciudad de Oropos, que habia arrebatado á los tebanos. Esto hizo que la reciente amistad de Atenas y Tebas se convirtiese de repente en profunda antipatía. Entonces, con la buena disposición del pueblo y con la ausencia de Demóstenes, que hubiera, ante todo, rechazado enérgicamente este último regalo de Macedonia, el partido filipista dominó por completo en la tribuna, y la mencionada proposición de Filipo, á la cual quiso Demades dar la forma de un acuerdo general, fué aprobada por los atenienses. Focion no pudo conseguir del pueblo, como pretendía, que suspendiera su resolución de

formar parte de la liga macedónica hasta que se supiera la forma en que queria organizarla el rey de Macedonia.

Entre tanto Filipo, que supo reconciliarse con los focenses y poner al frente de sus ciudades á gobernantes adictos suyos, habia puesto en órden los asuntos de la Eubea, en cuya isla se apoderaron de la soberanía los filipistas; Calcis, que con Corinto, y despues con Ithome, formaba uno de los anillos de Grecia, tuvo que sufrir, por su excepcional posición estratégica, una guarnición macedónica. Filipo, despues de haber celebrado fiestas en honor de la Pitonisa, dirigióse al Peloponeso: Megara y Corinto le abrieron en seguida sus puertas y fueron sometidas á gobiernos filipistas: el Acrocinto recibió una guarnición macedónica, y entonces los pocos lugares que, á pesar de todo, se habian mantenido enemigos de Filipo, apresuráronse á firmar la paz con él. Hecho esto, trasladóse el macedonio á Argos y á la Arcadia: las colonias argivas arcadias, eleas y mesénicas, se aliaron con el rey, el cual invadió entonces la Laconia para castigar á los espartanos, que hasta entonces, recordando su para siempre perdida grandeza, habian rechazado con orgullo las pretensiones de Macedonia. Todos los territorios, hasta Gytheion, fueron asolados sin piedad; y cuando los altaneros espartanos se negaron todavía á firmar la paz porque el rey exigía que en la nueva alianza se sometiesen á su supremacía, Filipo no atacó la capital, para no sufrir la suerte del desgraciado Epaminondas, pero debilitó en gran manera su Estado, arrebatando de sus áridas fronteras las posesiones que los espartanos habian arrebatado á sus vecinos desde el tiempo de Licurgo. Así los argivos recuperaron á Tireatis y Cinuria hasta mas allá de Zarax; los mesenios, la comarca de Deuteleatis; Megalópolis, la posesión de Salamina, y Tegea la Sciritis y Caria. La restitución fué completa pasando al poder de los enemigos de Esparta todas las comarcas antes dependientes del territorio del Eurotas.

Así las cosas, sometido todo á Filipo, excepto la ciudad de Esparta; dominada Ambracia por una guarnición macedónica; desterrados de Acarnania los caudillos del partido nacional, y aliados con Macedonia los bizantinos, despues de haber sido causa del suicidio de Leon, los representantes de toda la Grecia, desde el mar Jónico hasta el Cuerno de Oro, y aun mas allá hasta los límites orientales y meridionales de las islas que hasta entonces habian permanecido aliadas del Atica, se reunieron durante el otoño del año 338 en Corinto, en donde se firmaron, bajo los auspicios de Filipo, la paz y alianza generales, que aseguraban á la Macedonia la hegemonía sobre todo el mundo griego.

En el estado en que se encontraban las cosas, estas asambleas solo tenían un valor meramente formal y eran quizá debidas únicamente á la cortesía del rey. Todas las delicadas formas de la diplomacia macedónica no pudieron disimular la realidad de los hechos. A partir de esta fecha, todos los Estados de la Grecia dejaron de tomar parte en la dirección de los movimientos históricos contemporáneos; pues esta correspondió durante siglo y medio á la agrupación de Estados que recientemente se habia formado allende el Olimpo y que debia extenderse hasta mas allá del Mediterráneo. Mas adelante, la unidad política que nunca habian podido conseguir por sus propias fuerzas los particularistas griegos, entre los cuales los meses no tenían, en las diversas razas, ni el mismo nombre ni la misma duración, y el sistema monetario revestia formas muy distintas, les fué impuesta con fuerte mano por el extranjero.

XV.—LIGA HELÉNICA DE FILIPO Y GUERRA PERSA. ARISTÓTELES

Filipo formó una alianza helénica, á cuyo frente se encontraba el imperio macedónico: el rey fué el jefe de la nueva

simmaquia cuya organización estaba de tal manera combinada, que en todas partes se veían atendidos preferentemente los intereses de Filipo. Los principales objetos de esta alianza fueron la independencia y libertad de todos los miembros de la misma, y la seguridad de los bienes y de la paz en el interior. Prohibiéronse las luchas intestinas entre los diversos Estados, y se ordenó la libertad general del tráfico, así por tierra, como por mar, debiendo subsistir las constituciones todavía vigentes.

Al frente de la simmaquia se puso un Consejo, compuesto de representantes de todos los miembros de la liga, que se reunía en Corinto y cuya misión consistía en vigilar el cumplimiento de estas disposiciones fundamentales, y tomar enérgicas medidas contra todo aquel que intentase turbar la paz, ó quisiese destruir la constitución vigente en alguno de los Estados de la alianza. En interés solo de Macedonia se prohibió la reconstrucción de los lugares por Filipo destruidos, como Anfisa, el restablecimiento de los gobiernos por él derribados y el regreso de los que él habia enviado al destierro.

Con esto se ponía, ciertamente, coto á la inclinación que sentían los griegos hácia las luchas intestinas; pero como debía serles demasiado difícil reducir de repente al silencio su vida comunal y abandonar todas sus elevadas aspiraciones, sentíase en todas partes un profundo malestar. No solo dos terceras partes de los Estados aliados se encontraban bajo la dominación, ya de favoritos de Filipo, ya de oligarcas á él adictos, sino que la emigración, esa plaga que desde las antiguas conmociones asolaba á la Grecia, tomó, por culpa de Filipo, un poderoso incremento que era gran obstáculo para el desarrollo del nuevo órden de cosas. Y si Calcis, Tebas y Corinto consideraban á las tropas macedónicas que guarnecían sus ciudades como los contemporáneos de Pelopidas habian considerado en otro tiempo á los espartanos establecidos en la Cadmea, ¿era de presumir que la orgullosa potencia beocia, la antigua Esparta y la heroica Atenas, soportasen con resignación, la una su desastrosa caída, la otra su desesperado aniquilamiento y la tercera la pérdida de su hegemonía sobre la Grecia? Filipo así lo esperaba, creyendo por lo menos que la guerra nacional contra los persas uniría con nuevos lazos al trono de Pella y á los helenos, haciéndose nombrar por el Consejo de la liga que se reunió en Corinto, general en jefe de los ejércitos griegos de mar y tierra con facultades ilimitadas. Formóse entonces una matrícula de la alianza que ponía de manifiesto el conjunto de las fuerzas de los griegos sometidos á la hegemonía de Filipo, demostrándose que estos Estados podían todavía poner en pié de guerra un ejército de 250,000 infantes y 1,500 caballos, es decir, un contingente como hasta entonces, y aun mucho despues, no se habia visto. Los helenos todos se hallaban imposibilitados de hacer la guerra contra Filipo; aquel que la proponía veía destruida á toda su familia y confiscados sus bienes. El rey macedónico consiguió que el Consejo de los Anfictiones, que estaba por completo á sus órdenes, fuese el tribunal que conociese de todas las violaciones de la alianza.

Filipo habia llevado á cabo dos de las partes de su gigantesco plan: toda la península de los Balkanes, el mundo bárbaro del Norte y los Estados griegos del Sur y del mar Egeo, se hallaban sometidos á su soberanía, cuando regresó á Pella á principios del año 337. Pero la nueva hegemonía de los Argeadas sobre los griegos habia sido adquirida demasiado cara, tanto mas, cuanto que los griegos no podían sacar de ella gran provecho, y cuanto que, por lo mismo, el poder de Filipo se veía seriamente amenazado en las fronteras. No solo marcaban el paso del macedonio, desde la Calcidia hasta Tebas, imponentes ruinas y grandes manchas de sangre

sino que lo peor era, y seguía siendo, que los medios políticos de que se valía cerca de los mas nobles griegos habian descubierto un filón, hasta entonces apenas explotado. Por todas partes el soborno, la corrupcion, la infidelidad, la traicion, el apoyo prestado á los males intestinos del mundo griego y el mantenimiento de las locales discordias, fueron los medios diplomáticos con los cuales habia preparado Filipo la accion de sus falanges. No era, pues, de esperar que de tal tarea resultase un nuevo espíritu regenerador de Grecia. La unidad impuesta á los griegos contrariaba los mas fuertes impulsos del espíritu del pueblo, y debia pasar mucho tiempo antes de que los helenos y los griegos macedonios, que se helenizaban paulatinamente, se considerasen como miembros de un mismo pueblo, y antes de que la posterior generacion entendiese ser parte de su propia historia la universal fama del hijo de Filipo.

Entonces Filipo era un extranjero para la mayoría de los helenos que se sentían animados del antiguo sentimiento nacional, y creían que las fuerzas de Grecia eran puestas en movimiento solo para servir á una voluntad y á unos intereses extranjeros; pues, á excepcion de algunos pocos exaltados idealistas, como Isócrates y el noble Demarato de Corinto, eran en Europa contados los helenos cuyo corazón latiese ante la idea de una nueva guerra nacional contra los Aqueménides. El odio que de antiguo inspiraran los persas habia menguado mucho entre los griegos de aquende el mar Egeo. El carácter feroz del temible Artajerjes III Oco, que habia unido á su imperio todas las comarcas que se extendían hasta dicho mar, y sometido al mismo Egipto, despues de una sangrienta campaña, no inspiraba cuidado alguno á los griegos; muchos de estos, por el contrario, consideraban el reino del shah como su apoyo natural para un levantamiento contra el yugo macedónico, muy especialmente cuando en 338 el salvaje general Bagoas asesinó al anciano rey y á sus dos hijos, poniendo en el trono al tercero, es decir, al joven Arsés.

Vencidos en el campo de batalla, humillados bajo el yugo macedónico, los mejores griegos de Europa eran adversarios del rey de Pella. La imagen fiel de sus sentimientos fué el colosal leon, labrado en mármol gris beocio, del cual todavia hoy se ven algunos restos, que se colocó en la llanura de Queronea, mirando al imperio de Alejandro y sin inscripcion alguna sobre la colina que sirvió de sepultura á los héroes de Tebas. Aquel leon, descansando en sus patas traseras y apoyado en las delanteras, con la cabeza fija y orgullosamente alzada, era un melancólico monumento que expresaba el sentimiento entonces dominante. El enganche de griegos mercenarios para Persia que Filipo y el Consejo de Corinto castigaban severamente á fin de quitar á los Aqueménides, antes del rompimiento de la guerra, sus mejores soldados, tomó gran incremento; y el mismo demos ático que habia aceptado poco antes de manos de Filipo la pérdida cesion de Oropo, no se dejó llevar por los filipistas hasta el punto de reconocer que su gran caudillo habia obrado mal en aventurarse, animado por el espíritu del antiguo esplendor de Atenas, á luchar con Filipo por el porvenir de Grecia. No se trataba de la derrota de un solo hombre de Estado; no se

trataba tampoco de una falta personal. La necesidad histórica, la lógica del desarrollo histórico, se habian decidido contra Atenas en la cuenca del Cefiso. Pero Demóstenes debia su fama á ser el fiel guardador del honor helénico, hasta que se verificó el desastroso cambio de cosas, del cual no podia ciertamente culpársele, y que quebrantó las fuerzas que todavia podían esperarse de él. En este sentido permaneció fiel el pueblo de Atenas, que le consideraba como el hombre de mas patriotismo, al propio tiempo que la voz de la ciencia de su Estado, que de antiguo habia ceñido coronas de celebridad nunca marchitas. Así es que solo sus labios habian de pronunciar la oracion fúnebre de los héroes de Queronea, cuando las cenizas de estos fueron enviadas en 338 á Atenas.

Perdida para los helenos la preponderancia política que pasó á la corte de Pella, nadie pudo, sin embargo, arrebatársela fuerza de su ingenio llena de atractivos, ni el arte, ni la ciencia. Bien dice uno de los principales poetas alemanes, hablando de Grecia y del día de la batalla de Queronea:

Ni el favor peligroso de las musas,
Ni del arte la luz, de Dios venida,
Ni el ingenio profundo de tus sabios,
Ni del cantor la gloria merecida,
¿Qué te valieron, pueblo generoso,
Cuando llegó de tu derrota el día?

Pero las armas de la inteligencia eran las que habian de utilizar los helenos para poner obstáculos á la dominacion de su orgulloso soberano, y para conquistar el antiguo mundo. Uno de los hombres mas ilustres de esta época fué, sin duda, el que apareció al lado del genio colosal cuya grandeza militar estaba llamada á completar la obra de Filipo. Aristóteles, griego nacido en 384 en la ciudad calcidia de Estagira, destruida por Filipo, hijo de Nicomaco, médico del rey macedónico Amintas II, quedó huérfano á los diez y siete años, y se dirigió á Atenas, en donde permaneció veinte años, llegando á ser uno de los mas aventajados discípulos de Platon. Antes de la muerte de éste, salió de Atenas, durante el verano de 346 y se marchó á Atarneo, en donde reinaba su amigo, el príncipe Hermias, muerto el cual (345), se trasladó á Mitilene. Aristóteles, dotado de un entendimiento original y universal, cuyos grandes conocimientos le hacían dominar todas las ciencias, y le hacen digno del título de Humboldt de la antigüedad, no solo supo unir de un modo exclusivamente suyo el idealismo socrático-platónico con un realismo natural y científico, sino que con su método sistemático, fué el creador y fundador de la ciencia griega propiamente dicha. A él son debidas la teoría del silogismo, de la lógica científica, de la ética, de la política, del arte poética, de la retórica y de la filosofía del arte. Los estudios que en anti-cuaria, filología é historia literaria se hicieron en el siguiente período, tienen que agradecerle sus fundamentos científicos, lo mismo que las ciencias zoológica, anatómica y botánica. En el año 343 Filipo le hizo ir á Macedonia para confiarle la educacion científica del príncipe Alejandro, que á la sazón contaba trece años, y así pudo conseguir que su discípulo uniese á la fuerza macedónica la instruccion helénica. El gran representante de la ciencia griega educó al gran genio que tanta gloria habia de dar á Grecia.

CAPÍTULO II

ALEJANDRO MAGNO.—GUERRA LAMIACA

I. Filipo inaugura la guerra contra los persas. Muerte de Filipo.—II. Alejandro Magno. Comienzos de su reinado.—III. Expedicion de Alejandro al Danubio. Alejandro destruye Tebas.—IV. Ejército y táctica de Alejandro. Victoria de Alejandro en el Gránico y sus consecuencias.—V. Gran victoria alcanzada por Alejandro en Iso.—VI. Alejandro conquista Tiro, Gaza y Egipto.—VII. Alejandro en Egipto. Fundacion de Alejandria. Batalla de Gaugamela.—VIII. Alejandro en Persia y Ecbatana. Caída de Darío III. Alejandro shah.—IX. Derrota de los espartanos en Megalópolis. Demóstenes y Esquines.—X. Alejandro penetra en Proftasia. Decadencia de la familia de Parmenion. Bactriana.—XI. Alejandro vence á los escitas y domina la sublevacion sogdiana.—XII. Caída de Calistenes.—XIII. Expedicion india de Alejandro. Campaña al través de la Gedrosia. Expedicion de Nearch al Océano. Alejandro en Susa.—XIV. Estado de cosas en Macedonia.—XV. Muerte de Alejandro en Babilonia.—XVI. Regencia de Perdicas y reparticion de las provincias. Ultimos mandatos de Alejandro á los griegos.—XVII. Harpales en Atenas. Situacion de Grecia despues de la muerte de Alejandro.—XVIII. Guerra lamiaca. Decadencia del Estado ático.—XIX. Muerte de Demóstenes. Muerte de Perdicas.—XX. Regencia de Antipatro.

I.—FILIPO INAUGURA LA GUERRA CONTRA LOS PERSAS. MUERTE DE FILIPO

Con la fundacion de la liga helénica bajo la hegemonía de Filipo, decayó de un modo muy sensible la universal importancia de la historia de Grecia. Solamente la Grecia central intentó, aunque en vano, romper la cadena que á su alrededor forjara el rey macedónico. De este estado de cosas resultó la gigantesca extension del grecicismo que en la historia de la antigüedad encontramos; y es que la fuerza militar, la ciencia y el espíritu griegos estaban al servicio de un gobernante afín á los helenos que apreciaba y admiraba á alguno de estos lo propio que al helenismo, aunque á pesar de todo no podia contar con las simpatías del pueblo heleno. Por esto nos incumbe seguir á la raza del pueblo de Demóstenes hasta sus últimas infelices tentativas para reconquistar la antigua libertad, y hasta su trágico fin conocer la suerte que cupo al resto de los antiguos y modernos Estados griegos que habian conservado su independencia, hasta el momento en que el grecicismo macedónico fué vencido en la direccion del antiguo mundo por el Senado que dominaba en la nueva potencia de Italia.

El rey Filipo tomó muy por lo serio la decision formulada por el Consejo de Corinto, en virtud de la cual se le habia nombrado general en jefe para la guerra que iba á comenzar contra los persas. En cuanto estuvo de regreso en su patria comenzó á hacer los preparativos para la nueva expedicion que con tanta impaciencia esperaban los griegos de las costas occidentales asiáticas. Aprovechó Filipo el tiempo para librar de nuevo en 337 batalla contra los pueblos ilirios; y mientras los persas, que habian ya violado la paz firmada con Filipo, protegiendo á los priniotos contra Macedonia, contemplaban tranquilos la marcha de los acontecimientos griegos en Queronea y en Corinto, envió el rey macedónico, en la primavera del año 336, á dos de sus mas fieles generales, Parmenion y Atalo, con 10,000 hombres, dándoles el encargo de que cruzasen el mar y conquistasen una parte de las costas del Asia Menor, con lo cual tendria ya una base para sus propias empresas. El ejército macedonio comenzó la guerra en la parte meridional de la Eolia, penetrando hasta Magnesia junto al Sipylos. Los persas, que quedaron en extremo sorprendidos, se hallaban poco preparados para la lucha, pues el joven rey Arsés hartos cuidados tenia para sostenerse en Susa contra las criminales intrigas del general

Bagoas. No obstante, los generales macedónicos encontraron una tenaz resistencia. Un súbdito adicto á los Aqueménides, Memnon de Rodas, príncipe que gobernaba entonces los territorios comprendidos entre Assos, Atarneo y el alto Eseo, y hombre dotado de grandes cualidades militares y diplomáticas, reunió un ejército de 4,000 mercenarios y con él logró contener la marcha de los macedonios en Magnesia.

Poco despues aconteció en la corte de Pella una catástrofe que parecia deber asegurar de nuevo por este lado la tranquilidad de la corte de Susa. Los aprestos militares de Filipo habian tocado á su término; pero antes de abandonar su residencia, quiso destruir todas cuantas dificultades pudieran oponerse á su dominacion en Europa. El rey, inconsecuente en sus muchos amoríos, habia roto en el transcurso del año con su bella esposa Olimpia, mujer epirota tan apasionada como celosa. Para contentar á su nobleza, que odiaba personalmente á la epirota y la despreciaba, á pesar de descender de la familia real de los Eácidas, Filipo, durante el verano de 337, buscó una nueva consorte, legítima descendiente de una familia macedonia, recayendo su eleccion en la hermosa Cleopatra, sobrina de su favorito el general Atalo. Durante el banquete nupcial, y á consecuencia de una imprudencia de Atalo, ocurrió una escena desagradable entre el rey y el príncipe Alejandro, quien, junto con su madre Olimpia, abandonó indignado la corte de Pella y se refugió en el Epiro, donde reinaba su tío Alejandro, que le aconsejó que se declarase enemigo de su padre (1). Filipo, sin embargo, supo prevenir este golpe y consiguió que su hijo regresase á Pella; á pesar de lo cual no volvieron á reinar amistosas relaciones entre el padre y el hijo, por mas que nada amenazase el derecho de sucesion de Alejandro, ya que Cleopatra habia dado á luz una hija. Filipo, á fin de reconciliarse con su cuñado epirota, entabló con éste negociaciones para un nuevo enlace de familia, casándose el joven príncipe moloso con una hija de Filipo y de Olimpia, llamada tambien Cleopatra, con cuyo motivo se celebraron grandes fiestas en Egea, antigua residencia de los Argeadas, al fin de las cuales debia llevarse á

(1) La imprudencia de Atalo consistió en decir en un brindis que su sobrina Cleopatra daría á Filipo hijos legítimos dignos de él.—¡Pues qué! ¿soy yo bastardo? exclamó Alejandro levantándose impetuosamente y tirándole una copa á la cabeza. El rey Filipo quiso castigar el arrebato de su hijo y se levantó á su vez; pero en el camino, no teniendo la cabeza firme, tropezó y cayó. Alejandro dijo entonces:—¡Quieres pasar á Persia y no puedes pasar de una parte á otra de esta mesa! Así se fué agriando la contienda.